La Primera Conferencia Panamericana de Directores de Sanidad

POR EL DR. ALFONSO PRUNEDA

Desde que los gobiernos y las colectividades han ido dándose cuenta del valor social de la higiene y de su influencia incomparable en el bienestar humano, han venido procurando extender su radio de acción y la han ido convirtiendo en uno de los factores más valiosos en las relaciones internacionales.

El desarrollo del comercio y de la industria, al producir un intercambio cada vez más estrecho entre los diversos pueblos, han requerido un estatuto cada vez más complicado de higiene internacional, que a la vez que ha ido fijando con más precisión los deberes recíprocos de los países civilizados en materia de sanidad, les han armado de derechos indiscutibles que cada uno puede hacer valer para salvaguardar su propio territorio de la invasión de las enfermedades o de los vicios.

Muestra clara de este movimiento de solidaridad mundial ante el peligro común, son las diversas convenciones o tratados internacionales que unen a las naciones en materia de higiene y las diversas oficinas que, para velar el cumplimiento de aquellos convenios, para recoger y concentrar informaciones sanitarias o para hacer campañas del mismo carácter, funcionan en algunos lugares del globo. La Convención Sanitaria de París, revisada apenas hace unos cuantos meses, y el Código Sanitario Panamericano redactado y firmado en la Habana, en 1924, son ejemplo de lo que puede legislarse en materia de higiene internacional. La Oficina Internacional de Higiene, establecida también en París; la Oficina Sanitaria Panamericana que funciona en Washington; la Sección de Higiene de la Sociedad de las Naciones y la Junta Internacional de Sanidad, dependiente de la Fundación Rockefeller, que desde Nueva York extiende su benéfica obra por todo el mundo, son, a su vez, manifestaciones evidentes de lo que el esfuerzo de los gobiernos o el de los hombres de clara y altruista visión están realizando en bien de los pueblos.

Dentro de este movimiento internacional de sanidad, las Conferencias Sanitarias Panamericanas y la oficina de Washington que de ellas surgió, ocupan lugar especial. Nacidas aquéllas del movimiento panamericano constituyen tal vez su aspecto más importante y más valioso porque, si puede haber discusión (y la ha habido y la habrá siempre) en cuanto a la utilidad y el alcance político del Panamericanismo, nadie puede negar que, dentro de esa realidad geográfica, histórica, social y política que se llama el Continente Americano, existen problemas sanitarios, que si no le son propios, sí tienen algunas peculiaridades y justifican el interés especial con que nuestros diversos pueblos los han visto y la atención particular que les consagran en un anhelo común y cada vez más fuerte de protección mutua y de progreso colectivo.

La Primera Conferencia Internacional Americana celebraba su reuniones en Washington en 1889 y ya dada cabida a un comité de reglas sanitarias; pero fué en la Segunda, que se reunió en la ciudad de México del 22 de octubre de 1901 al 22 de enero de 1902, cuando se aprobó una "recomendación" para que se celebrara una "convención de los representantes de las organizaciones de salubridad de las diversas Repúblicas Americanas para formular reglas y convenios sanitarios, de acuerdo con los mejores intereses de las Repúblicas representadas y se dieran los pasos para reuniones semejantes futuras, estableciendo el "negociado sanitario internacional con sede en Washington". El movimiento sanitario panamericano había nacido y tanto en las Conferencias Internacionales de Río de Janeiro (1906), Buenos Aires (1910) y Santiago de Chile (1923), como en las Sanitarias de Washington (1902 y 1905), de Río de Janeiro (1906), de México (1907), de San José de Costa Rica (1909), de Santiago de Chile (1911) y de Montevideo (1920), fué desarrollándose más y más la legislación internacional sanitaria de América, que culminó en la reunión celebrada en 1924 en la Habana, al firmarse el "Código Sanitario Panamericano".

Las Conferencias Sanitarias han representado así, uno de los aspectos más importantes en la labor comercial, política y social común que vienen realizando las Conferencias Internacionales Panamericanas. En una de éstas, en la quinta, celebrada en Santiago de Chile en 1923, nació la idea de que por lo menos cada cinco años, se reunieran en Washington, los directores de sanidad de los diversos países que forman la Unión Panamericana para cambiar impresiones sobre los problemas sanitarios peculiares a cada uno de ellos y sobre los que a todos interesan, así como para dar a conocer de modo especial los progresos que, en materia de higiene, vayan utilizando aquellas diversas naciones. La primera reunión de esta índole acaba de celebrarse en la capital de los Estados Unidos de América y a ella tuvo oportunidad de concurrir como vocal de la Oficina Sanitaria Panamericana.

La importancia de esta Primera Conferencia de Directores de Sanidad, justifica, en mi concepto, que ocupe la atención de esta Honorable Academia con una somera relación de sus trabajos y resoluciones.

Diez y seis países del Continente Americano acudieron al llamado de la Oficina de Washington, Bolivia, Brasil, Colombia, Cuba, Chile, la República Dominicana, Ecuador, los Estados Unidos de América, Guatemala, Haití, Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú y Venezuela, enviaron a la metrópoli estadounidense a sus más altos funcionarios de sanidad, demostrando así el interés que tenían por las deliberaciones de la Conferencia y el deseo de aprovechar una nueva oportunidad para estrechar las relaciones panamericanas.

El programa de labores formulado por la Oficina Sanitaria Panamericana y aprobado, con ligeras variantes, por la Conferencia, comprendió fundamentalmente tres cuestiones: 1ª—Conocimiento de la actual organización sanitaria en los diversos países representados; 2ª—Estudio y revisión del Código Sanitario Panamericano, y 3ª—Formación del programa de la octava Conferencia Sanitaria Panamericana que deberá reunirse en Lima, en 1927. Además, hubo oportunidad de escuchar la lectura de algunos estudios importantes que presentaron diversos delegados, entre ellos, el doctor Gastélum, de México, sobre "La Profilaxis de las Enfermedades Venéreas desde el punto de vista del bienestar social"; el doctor Azurdía, de Guatemala, sobre "La infección como delito" y el doctor Suárez, del Ecuador, sobre "La Enfermedad Azul que se observa en su país"; (*) estudios todos que fueron recibidos con interés y motivaron variados comentarios y observaciones.

Los informes escritos o verbales que presentaron algunos delegados en cuanto a la actual organización sanitaria de sus países constituyeron, sin duda alguna, uno de los aspectos más valiosos de la Conferencia, que pudo darse cuenta, siquiera someramente, de los progresos alcanzados en los últimos años por Chile, Perú, Honduras, Santo Domingo, Paraguay, Ecuador, Venezuela, Brasil, Guatemala, Colombia, Bolivia, Cuba, Panamá y México. Tales progresos no solamente son, en el dominio internacional, objeto primordial de la reunión, sino también en el orden local, destacándose, fundamentalmente, la tendencia a la centralización de la administración sanitaria, caracterizada por la existencia de departamentos federales de salubridad o de Ministerios de Sanidad; la complejidad mayor de los servicios para atender las distintas modalidades higiénicas y el aumento de los pre-

(*) Este padecimiento es semejante en su aspecto clínico al "Mal del Pinto" que se observa en algunas comarcas de México.

supuestos de salubridad. La presentación de esos datos fué seguida de un cambio de impresiones entre los funcionarios presentes, que completó la información recibida y que no hubiera sido posible sin ese acercamiento *personal*, que forma uno de los más valiosos aspectos de reuniones semejantes.

El Código Sanitario Panamericano elaborado y firmado *ad-referendum* en la Habana, por los delegados que formaron la Séptima Conferencia Sanitaria Panamericana (entre los cuales tuvo la honra de figurar el que suscribe), es un estatuto que marca un positivo progreso en cuestiones de sanidad internacional. Por razones diversas solamente ha sido ratificado por siete países americanos (*) y tanto para ver si era posible apartar las razones técnicas que haya para aplazar esa ratificación, como para considerar algunos puntos omitidos en el Código o susceptibles de corrección o aclaración, la Oficina Sanitaria Panamericana en Washington pensó, con muy buen juicio, que era útil ocupar en estas importantes cuestiones a los delegados a la Conferencia, a fin de someter el resultado de sus labores a la de Lima.

Aparte de diversos cambios de redacción, de relativa importancia, y de otros de mayor alcance, la Conferencia tomó las siguientes resoluciones cuya significación por sí sola se explica: 1ª—Gestionar que se adhieran al Código los Estados que tengan colonias o territorios en América, con lo cual se hará completa la acción panamericana del estatuto. 2ª—Incluir prescripciones, no tenidas en cuenta en la Habana, que permitan la reforma del Código, según las necesidades que vayan presentándose. 3ª—Recomendar a los países americanos que no hayan ratificado dicho Código, que lo ratifiquen desde luego, haciendo las reservas que crean necesarias respecto de aquellos de sus artículos a los cuales, por el momento, no juzguen conveniente adherirse. 4ª—Solicitar de las naciones signatarias o adherentes del Convenio la constitución en sus puertos principales de una "comisión de enfermedades infecciosas" para los diagnósticos "oficiales" de esos padecimientos.

Con estas resoluciones, el Código Sanitario Panamericano podrá llenar mejor sus fines y mantendrá dentro de la legislación sanitaria internacional el lugar preeminente que ya le corresponde y que fué puesto de relieve en la misma Conferencia de Washington al conocer el cuadro que la Oficina Sanitaria Panamericana presentó y en el que se puntualizan las diferencias que existen, a favor del mismo Código, entre él y la Convención de París revisada, como antes dije, en este mismo año.

(*) En nuestro país, se encuentra ya en el Senado, pendiente de ratificación, según informe del Dr. Gasté lum, Jefe de nuestro Departamento de Salubridad.

Estas modificaciones al estatuto sanitario internacional de América serán sometidas a la aprobación de la octava conferencia, que se reunirá en Lima en 1927; pero el hecho que desde ahora hayan sido estudiadas y sugeridas, aseguran que el trabajo de aquella importante asamblea panamericana habrá de ser más fácil y de resultados más eficaces.

Para afianzar todavía más ese lisonjero fin, la Conferencia de Washington incluyó también en el programa de la Conferencia de Lima diversas cuestiones, que estudiadas anticipadamente, tendrán que marcar un nuevo progreso en la sanidad de este Continente. Algunas de ellas son las mismas que la Conferencia de la Habana había señalado ya en 1924 y se enuncian a continuación: el estudio de la peste bubónica; el de la parasitosis intestinal en el continente americano; el del alastrín; el de los mejores medios para descubrir los portadores de gérmenes y tornarlos inofensivos, el de la tuberculosis y la lepra y las medidas para su profilaxis y tratamiento; las formas cooperativas de lucha contra las enfermedades venéreas en América; la profilaxis del tracoma; la extinción de la mosca; la reglamentación de la inmigración desde el punto de vista sanitario y la debida atención a las cuestiones de higiene industrial, higiene y educación sexual, sanidad y cuarentena vegetal y las estadísticas de mortalidad y natalidad. Además de estas cuestiones de importancia notoria, la Conferencia señaló como parte del programa de la Reunión de Lima, otras no menos trascendentales: la intensificación de la lucha contra las toxicomanías; la recomendación a los gobiernos del establecimiento de los ministerios de sanidad, asistencia social y trabajo, y de la centralización de esos ministerios o en los departamentos de salubridad, de todos los servicios sanitarios y de asistencia social; la sugestión de que los Municipios contribuyan (como ya los están haciendo en algunos países sudamericanos) con un tanto por ciento de sus ingresos al sostenimiento de los servicios sanitarios, que sólo debe realizar el Estado por medio de su dependencia técnica; la organización en cada país, en los respectivos departamentos de sanidad, de una comisión permanente para el estudio y la desaparición de la malaria; la organización de la geografía médica panamericana desde el punto de vista epidemiológico y el estudio y clasificación de las pulgas de los roedores por un entomólogo experto en cada país y el envío de dichos datos a la Oficina Sanitaria Panamericana y, en caso de no existir tal experto, la remisión de esos ectoparásitos en la mencionada Oficina, que deberá entonces encargarse de su estudio. (*) Concediendo el debido interés a la lucha contra la peste bubónica (que en opinión de connotados higienistas, es tal vez el problema

---

(*) Es pertinente recordar aquí que el estudio de las pulgas, con tal propósito, fué iniciado en el Instituto de Higiene dependiente de nuestro Departamento de Salubridad.

sanitario más grave que el mundo tiene enfrente), se designó una comisión para el estudio de las medidas que contra esa enfermedad se llevan a cabo en la ciudad de Nueva York, a fin de que sirvan de base para la «*standardización*» de los procedimientos de lucha en todos los países de la Unión Panamericana. El dictamen preliminar de esa comisión, integrada por un delegado de Estados Unidos, otro de Chile y otro del Ecuador, consta ya en el número de este mes del «*Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana*». (Páginas 610 y 611).

Puntualizado así el acervo de la octava conferencia sanitaria panamericana, no debe dudarse de que, con la necesaria preparación, los estudios que sobre aquellas cuestiones presenten en 1927 los delegados a la Reunión de Lima habrán de hacer de ésta una de las asambleas más fecundas en resultados, no solo desde el punto de vista de la higiene internacional sino también por lo que toca a la sanidad de cada uno de los países americanos.

La Conferencia de Washington tuvo aún tiempo de hacer labor provechosa en otros campos. Con motivo de la exhibición que se hizo en uno de los días en que estuvo reunida, de importantes películas cinematográficas, aprobó la siguiente resolución: "Dada la gran importancia educativa que se efectúa en asuntos sanitarios por intermedio del cinematógrafo, se solicita de la Oficina Sanitaria Panamericana que se encargue de la producción de cintas cinematográficas sobre temas de higiene y profilaxis y que, rotativamente, se suministren las cintas que ella posee a las Naciones de la Unión Panamericana, para los fines de la educación sanitaria". Realizando un postulado del Código de la Habana, los delegados inauguraron solemnemente la Biblioteca de la Oficina Sanitaria Panamericana, que ha quedado establecida en el Palacio de la Unión Panamericana, y reiteraron sus propósitos de enviar a ella ejemplares de todas las publicaciones oficiales sanitarias, prometiendo invitar asimismo a los higienistas y, en general, a los médicos de sus respectivos países, a remitir sus escritos a dicha Oficina que, por medio de su Boletín mensual, podrá tener así a todos sus lectores al tanto de la Bibliografía higiénica del continente de Colón. Por último, la Conferencia aprobó algunos nuevos detalles de organización y trabajo de la mencionada Oficina y dejó constituido un organismo permanente, del cual formarán parte los directores de los servicios nacionales de sanidad pública de los países adheridos a la Unión Panamericana, los funcionarios de la Oficina Sanitaria Panamericana y los Jefes de los servicios sanitarios de las colonias o posesiones en el Continente Americano, que puedan llegar después a ser miembros de la Unión Panamericana. La obra de dirección y coordinación que está llamado a realizar tal organismo, en bien de la higiene internacional, podrá mantener, sin duda eficazmente, la continuidad del esfuerzo realizado por las diversas conferencias sanitarias panamericanas

y hará de éstas un poderoso instrumento de mejoría higiénica en el Nuevo Mundo.

Al margen de la Conferencia hubo algunos otros eventos científicos de interés para los miembros de aquella. El más importante fué la visita a los Laboratorios del Servicio de Salubridad de los Estados Unidos, en la que pudieron escuchar importantes observaciones acerca del control de las vacunas y los sueros; los estudios sobre el tétano que ha venido observándose como complicación de la vacuna antivariolosa; las investigaciones sobre la tularemia; las muy importantes que ha realizado últimamente el doctor Goldberger sobre la etiología de la pelagra y los experimentos acerca del papel de las garrapatas en la producción de la fiebre de las montañas rocosas y la vacunación contra ese padecimiento.

Como es de rigor en las asambleas científicas y más particularmente en las internacionales, los miembros de la Conferencia de Washington fuimos objeto de marcadas atenciones por parte de los elementos oficiales de esa metrópoli. La recepción dada por el Presidente y la señora de Coolidge, en la Casa Blanca; la que el Secretario de Estado ofreció en el Palacio de la Unión Panamericana; el almuerzo dado por el Consejo Directivo de la misma Unión (formada, como es sabido, por los Jefes de las Misiones Diplomáticas de los diversos países de América acreditados en Washington); el banquete ofrecido por el cirujano general del Servicio de Salubridad Pública de Estados Unidos, Doctor Cumming, y otros agasajos más, significaron bien el marcado interés con que se vió la reunión de la Conferencia y permitieron a los miembros de ésta, estrechar o iniciar relaciones que siempre son útiles y que no pueden menos de servir para afianzar, en uno de sus más humanos y trascendentales aspectos, el sentimiento panamericano.

La Primera Conferencia Panamericana de Directores de Sanidad, reunida en la Metrópoli Estadounidense en los días 27, 28 y 29 de septiembre de este año, realizó plenamente los fines para los que fué convocada y está llamada a ocupar un lugar de importancia entre las diversas reuniones internacionales que vienen laborando por hacer más salubre y más próspero el Continente que se incorporó al antiguo mundo, gracias a la intuición genial de Colón y a la clarividente generosidad de la Reina Isabel.

México, 30 de noviembre de 1926.

ALFONSO PRUNEDA.